

Labor cultural/La pequeña tragedia

del Clero

Este que os voy a contar es un caso sencillo de la vida ordinaria. Quizás a vosotros no os interesa... Es, más bien, para contar en un cuarto humilde, de un último piso, ante uno de esos grupos de pobres muchachitas que, alrededor de un quinqué, velan costando para ganarse unas pesetas...

Desde hacía algún tiempo, en la vida monótona de Pepe había un delicioso secreto. Salía bien de mañana, con el tiempo bastante holgado para llegar a la oficina. Andaba despacito, saboreando el fresco y la alegría de la mañana, cosas que antes ni siquiera advertía cuando iba con el tiempo justo, trotando por aquellas calles, con las manos en los bolsillos y la barba hundiéndose en la bufanda...

Tenía ya dos o tres conocidos a quienes saludaba cotidianamente en el camino: el burrero de la leche, la criada que barria la casa-puerta, el repartidor de diarios. Con algunos, de vez en cuando, entablaba el pequeño diálogo consabido:

—Mañanita fresca, ¿eh?...

—De ordoño...

Y los dos soplaban y se encogían, como si aquellas manifestaciones aumentaran momentáneamente el frío...

En el vaso de café con leche tomado a sorbitos en el Vientiés, haciendo tiempo, hasta que, consultando el reloj, llamaba al camarero, golpeando con una peseta la tapa de mármol del velador. Y luego, con una puntualidad matemática, en la encrucijada de dos calles, el encuentro con Rosina, la modistilla.

Se estrechaban las dos manos y se entablaba el diálogo corto, rápido, íntimo. Entonces no hablaba del estado barométrico de la mañana. No había tiempo...

La despedida era invariablemente: «Hasta esta tarde, a la vuelta.» Y luego Pepe, plantado en la encrucijada, la veía desaparecer por la esquina, con su «jersey» y su bufanda de punto, despertando con su taconeo decidido la solitaria acera de asfalto, húmeda del riego...

Entonces, al reanudar su marcha para la oficina, es cuando solía caer sobre el alma de Pepe, como una nube, el triste pensamiento: «¿Cuándo podrían casarse?...

Los cincuenta duros que Pepe ganaba en el escritorio de la fábrica de chocolate eran una insignificancia para cómo estaba la vida; y él quería, al casarse, quitarla a ella del trabajo.

Además—y sobre todo—aquellos cincuenta duros, juntos con los otros cincuenta que Pedro, el hermano mayor, ganaba en el Seguro, eran indispensables para la vida de la familia: los dos hermanos y los dos hijos: el padre, enfermo, y la mamá, que se desvelaba por todos... Claro está, los viejos eran muy buenos e incapaces de abrigar un pensamiento egoísta. Pero había que comprender que aquellos cien duros de los dos hijos representaban toda la vida modesta de la familia: la comida, el vestido, el carbón, la luz... y también, de vez en cuando, la calaverada inocente, en la que el gusto duraba unos instantes y unos días el remordimiento; el «hacedo» con barquillos, la escapada al teatro, las flores para Rosina... Más valía, pues, guardar en secreto aquellas relaciones. ¿Para qué torturar a los viejos? ¿Para qué hacerlos luchar entre el deseo de no estorbar su felicidad y las brutales exigencias de los números?

Sin embargo, si las cosas no variaban, alguna vez habría que decidirse. No era posible esperar siempre en aquella encrucijada, para ver a la pobre Rosina marchar sola al trabajo, entre los requiebros endebles y las miradas golosas de los hombres...

Y, con estos pensamientos, Pepe llegaba al escritorio, donde el saludable ejercicio de aquilatar pruebas y argumentos, examinar doctrinas y salir con ellas por guria a puerto de claridad.

Se hacía imposible dar desde estas columnas ni siquiera una idea del contenido de este libro, al cual dedicamos más detenido examen en la Revista «Estadística». Menudean en él temas de esos que solamente se pueden abordar cuando se ha leído y meditado mucho, como demuestra haberlo conseguido el preclaro autor. Dicha obra es para leída muy despacio, pues, aparte de la profundidad de las materias en ella tratadas, se encuentra el lector con juicios y criterios de tal valentía, que invitan y fuerzan a la meditación. Puntos hay también sumamente delicados, un tanto difíciles de entender y hasta propicios para producir cierta sorpresa en el espíritu de quien los examina, pero la más elemental prudencia aconseja interpretarlos según el contexto, encuadrados en el conjunto que, a nuestro parecer, resulta de un vigor pronunciado en pro de la sana doctrina. El padre Ibeas es joven. Tenemos la seguridad de que su pluma no descansará, y de que, no tardando, nos habrá de ofrecer nuevos frutos de los talentos que Dios le ha dado para su mayor gloria, y aprovechamiento de cuantos estamos de ello tanto necesitados.

Hilario HERRANZ ESTABLES
Párroco de San Sebastián, Madrid.

Un capellán de la parroquia de Calera, el doctor Salicrú, publica un estudio analítico acerca del suicidio. Nos place pasar la vista por páginas tan sadadamente escritas y tan seriamente pensadas. Si algún defecto les encontramos es su sobrada brevedad. El publicista catalán tiene recitativa intelectual más que suficiente para haber densificado las ideas que apenas esboza en algunos capítulos. Por lo demás, hay allí, aparte de la soltura del estilo, claridad, método, doctrina firme y un alarde de sobrio y agradable de cultura selecta.

Réstanos decir alguna cosa acerca del libro del insigne agustino padre Ibeas, lanzado al mercado público hace unos días, con el título «De la vida y de la muerte». Los lectores conocen ya sobradamente las grandes condiciones de este escritor. De todas ellas es elocuente prueba ese libro de más de 400 páginas, en las que aparece el hombre científico, tanto como el sacerdote enamorado de su fe. La obra del padre Ibeas debería caer en manos de cuantos sienten en su espíritu honda lucha o ven su alma agitada por la duda cruel. Allí logra

(Continúa al final de la 2.ª columna.)

Folleto de EL DEBATE 10

EL HIJO DE PAPEL

NOVELA EN TRES PARTES

POR TIRSO MEDINA

quiera, siempre que de ello resultase bien organizado su modo de vivir. En la obscuridad se le apareció Gertrudis varias veces, señalándole insistentemente con un dedo, lo que él interpretó como signo de reproche. Tenía razón. ¿Cómo negársela? Pero la vida de un hombre viudo es dura. Dios le dijo: «No es bueno que el hombre esté solo.» Y peor es que esté mal acompañado.

Aquel desastre acabó de abrirle los ojos sobre el vejestido papel que representaba en la casa de su hermano. Era el pariente suelto, sin mujer y sin hijos, de quien se busca la hembra. Ese pariente rico que debe haber en toda familia bien organizada para que despierte ilusiones y endulce la existencia de los demás, con la esperanza del bienestar más o menos remoto, cuanto menos remoto, mejor.

Cierto que era libre para disponer de sus bienes. Sí: libre según la ley. ¿Pero qué puede la ley contra el miedo? Magdalena lo sentía tan grande, que estaba seguro de sentirlo hasta en la tumba.

También podía casarse. Si no con Clarita, con otra. Pero Egipcíaca no lo consentiría. Ya es-

aba visto. Ni su hermano tampoco. Y si Egipcíaca le amedrentaba con sus furores, la fría y dura expresión de Nicolás no le aterraba menos. ¿De qué serían capaces ante su rebelión? ¿De qué maquinaciones podrían hacerle víctima? Acaso le incapacitaran civilmente y le llegaran a encerrar en un manicomio para tenerle seguro y apoderarse de sus bienes. Muchas historias de éstas había él oído contar y siempre le estremecieron, sintiéndose incapaz de la defensa.

Cualquier otro hubiera pensado que existía un recurso supremo y a la vez sencillo: hacer el equipaje, decir que se iba porque le daba la gana y meterse en el tren con rumbo desconocido. No creía él que hubiese medio legal de impedirle la marcha. Las autoridades no le detendrían. ¿Pero se atrevería a salir de la casa afrontando los furores de los suyos? El corazón le decía que no. Y sus razones tendría el corazón para decirlo.

¡Secuestrado! ¡Estaba secuestrado! Tendría que vivir allí como quisieran, otorgar testamento a su favor y morir lo más pronto posible para no hacerse pesado. La cárcel era la casa, una ratonera en que se había metido. De carcelero hacía el pánico; el más seguro y feroz carcelero.

Pensando estas cosas se desesperaba y pedía a gritos la libertad. Por supuesto que los gritos eran por dentro. Por fuera no se hubiera atrevido nunca. Y sentía nacer en su interior un ansia loca de vengarse de su hermano, de su cuñada y de la niña llorona. ¡Qué placer de fraudar sus esperanzas, burlar sus ilusiones!

¡Si él tuviera un poco de voluntad! ¡Si re-

buscando por los rincones de su pobre espíritu encontrase algunos restos de lo que trajo al mundo y le quitaron con la educación infantil que le dieron! Pero ni un resto le quedaba. Era ya muy tarde para empezar a ser otro.

El ingenio podía haberle dado la solución con alguna ocurrencia feliz, con alguna habilidad que le salvara; pero su cerebro no era de sembradura, ni había allí manantial de donde pudiese brotar nada.

Era la media noche cuando encendió la luz, decidido a implorar socorro del único en quien confiaba. En pocas líneas dijo a Tajuña lo que le ocurría, pidiéndole su auxilio.

«Una idea, Simón! ¡Una idea para mí, tú que tienes tantas!»

La semana entera pasó sin que Tajuña diera señales de haberse conmovido. Entretanto la situación era aparentemente la misma. Nicolás frío y hosco. Egipcíaca recelosa. Magdalena asustada, y procurando disimular. Lo que callaban todos lo sabían. La desconfianza, como un grajo de mal augurio, volaba sobre ellos.

Por fin una madrugada, cerca del amanecer, se despertaron todos sobresaltados por el timbre de la puerta de la calle, que repiqueteaba escandalosamente. Una criada bajó a abrir. A poco daba con los nudillos en la puerta del cuarto de Magdalena.

—¿Quién?

—Don Magdalena.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Un telegrama para usted.

Y lo echó por debajo de la puerta.

El telegrama era de Simón. ¿La idea pedida? No. Ni se refería al asunto, como si no hubiese

recibido la desgarradora carta. Las noticias eran alarmantes.

«Grave conflicto. Tropiezo con la Hacienda. Denuncia, apremios, amenaza embargo. Imposible resolverlo yo solo. Urge vengas por unos días.—Simón»

¡La Hacienda! ¡Qué horror! La Hacienda es como el tonto de un pueblo. Al tonto le apedrean los chicos y le insultan los grandes, le hacen correr, le llenan de salvazos y de inmundicias y le convierten en mártir de la grosería popular. Pero un día el tonto, que todo lo ha consentido, comete un crimen espantable. Y la víctima suele ser la persona más inocente.

La Hacienda es así. Todo lo aguenta. Se la engaña y se la burla como se quiere, una vez y otra vez. Pero un día alcanza a un contribuyente y se ciega.

Todo el papel sellado le parece poco para ahogar. Miles y miles de disposiciones pertinentes caen sobre él. Van y vienen los guardias, mueven los agentes ejecutivos, granizan multas los expedientes... La situación del encartado es horrible. Algunos contribuyentes que se han visto en este caso han adquirido enfermedades cardíacas.

Considerando todo esto, Magdalena se aterró. Un conflicto más. Egipcíaca, la viuda, la Hacienda... Todo se unía contra él.

Ya no pudo dormir... Y la niña de la casa breó todo el resto de la noche para acompañarle en el insomnio y hacerle más odiosa la vida.

(Continuará.)

EL CALDE desconocido

DEL COLOR DE MI CRISTAL

«Villacerca de los Perales, julio de 1924. Querido Vicente: Esta es para decirte que ya tengo resuelto lo de mi viaje a Madrid en el otoño. Muchas ganas tenía de verlo y de verte, y muchos días he estado dándole vueltas al asunto, que si me atrevo, que si no me atrevo, que si voy, que si no voy. ¡Que no voy, Vicente!»

Será muy bonito Madrid y habrá mucho que ver. Pero también hay mucho que sentir. Eso de que sea un pueblo tan tupido, que pueda uno desaparecer sin que nadie vuelva a saber de uno, es cosa que no me hace gracia. Y a la familia tampoco. En cuanto leímos en los periódicos lo de ese pobre señor alcalde que llevaba los bolsillos llenos de papeles y nadie los supo leer y le enterraron como desconocido, se nos ha achicado el corazón. La Tomasa y los chicos no hacen más que llorar y decirme: —¡Que no te vas, Antón! ¡Que no te vas, padre! ¡Que te da en la calle un mareo y ya no volvemos a saber de tí!

Tienen razón. Yo ya sé que cuando me muera no he de pasar a la historia, porque no he realizado ninguna cosa grande, buena o mala, que me lo haga merecer. Pero tengo la ilusión de que se sepa el día en que me muero y de que me digan misis, y me lloren lo que sea de razón, y me pongan encima una lápida con mi nombre el día de mi tránsito y cualquier frasecita de esas que se usan. No me hace gracia ponerme malo en una calle de Madrid, que pase mi cuerpo de mano en mano, y que, a pesar de llevar las cédulas de toda la familia y papeles que acreditan de dónde vengo, y a dónde voy, y a qué hora me levanto, y a qué horas como y me acuesto, nadie sepa quién soy, y desaparezca del mundo de los vivos sin llegar a tener nunca la categoría de difunto que, por desgracia, me ha de corresponder.

Es indudable que eso lo tenía en Madrid mal organizado. Y sin duda, también, los que recogen y asisten a los accidentados creen que el hecho de que enferme uno y se muera, y no se vuelva a saber de él, es cosa que no le importa a nadie, y que, por consiguiente, no ha de preocupar. Dar aviso a la familia es mucho exigir para quien no hace más que llenar fríamente deberes oficiales. ¡Pero enterarse siquiera de quién es un señor atestado de papeles que acreditan su personalidad, no parece demasiada exigencia!

Que desaparezca uno sin dejar rastro en tierra de moros, pase. Que no se vuelva a saber de los caprichos que van al Polo Norte, se explica. ¡Pero en Madrid, que está lleno de guardias y de funcionarios que no hacen más que pedirle a uno los papeles y preguntarle quién es y lo que es, y, sobre todo, lo que tiene; y que no le dejan a uno moverse ni estarse quieto sin que pague algo! ¡Eh, Madrid!

Que no voy, Vicente. Aquí, en Villacerca de los Perales, se está seguro de que el día que uno se muera lo sabe todo el pueblo. Y sin morirle. Con tener dolor de muelas basta para que se hablé de ello en la plaza y en el Casino. Esto da gusto.

Con que dispensa que no vaya. No me atrevo a tanto. A una cacería de osos o a un viaje de exploración por países desconocidos, sí que me atrevería a ir, porque no dejo de tener espíritu aventurero. ¡Pero a Madrid, no, Vicente; es demasiada aventura!

Recuerdos de la Tomasa y de los crios, y sabes te aprecia tu amigo que lo es, Antón»

TIRSO MEDINA

LEA USTED LOS VIERNES Bibliografía "Voluntad"

EL SEÑOR SIMÓ

VALENCIA, 19.—Esta mañana parece haber hecho crisis favorable la enfermedad del señor Simó.

Por la tarde y noche la mejoría, dentro de la gravedad, se ha acentuado notablemente.

PACO EL FEO

está leyendo los anuncios en sexta plana

recibido la desgarradora carta. Las noticias eran alarmantes.

«Grave conflicto. Tropiezo con la Hacienda. Denuncia, apremios, amenaza embargo. Imposible resolverlo yo solo. Urge vengas por unos días.—Simón»

¡La Hacienda! ¡Qué horror! La Hacienda es como el tonto de un pueblo. Al tonto le apedrean los chicos y le insultan los grandes, le hacen correr, le llenan de salvazos y de inmundicias y le convierten en mártir de la grosería popular. Pero un día el tonto, que todo lo ha consentido, comete un crimen espantable. Y la víctima suele ser la persona más inocente.

La Hacienda es así. Todo lo aguenta. Se la engaña y se la burla como se quiere, una vez y otra vez. Pero un día alcanza a un contribuyente y se ciega.

Todo el papel sellado le parece poco para ahogar. Miles y miles de disposiciones pertinentes caen sobre él. Van y vienen los guardias, mueven los agentes ejecutivos, granizan multas los expedientes... La situación del encartado es horrible. Algunos contribuyentes que se han visto en este caso han adquirido enfermedades cardíacas.

Considerando todo esto, Magdalena se aterró. Un conflicto más. Egipcíaca, la viuda, la Hacienda... Todo se unía contra él.

Ya no pudo dormir... Y la niña de la casa breó todo el resto de la noche para acompañarle en el insomnio y hacerle más odiosa la vida.

(Continuará.)

PAISAJES

POMPEYA

La emoción de Pompeya sería del todo pagana si no la depurara y la hiciera llegar hasta el espíritu más austero y cristiano la magnitud de su castigo. Ha pagado su pena suyo no es como el que en las colinas del Atica sonríe, a pesar de las mutilaciones, con una gracia fresca y juvenil, coronado de pámpanos, como si los blancos mármoles acabaran de surgir entre las viñas, por una gracia de los dioses. No tiene tampoco la imponente y eterna serenidad de las ruinas partenopéas, de la Acrópolis, del Foro o del Coliseo de Roma. Ahí están, es verdad, las mismas columnatas, los mismos arcos, los mismos frontones y frisos, más puros quizás y armoniosos, en sus grandes líneas simplísimas. Ahí están esas vías con su pavimento de vastas losas intactas, y esos teatros, y esos baños, y esos templos de ruinas tan limpias que parece que el janitor acaba de hacerlas barrer para alguna fiesta. El cielo es tan azul y rosado como el del Atica, tan graciosas y verdes sus colinas, y a fondo, la bahía se abre como una maravillosa concha a las aguas más alegres del mundo.

Y, sin embargo, no obtiene el espíritu la serena impresión que apetecía. Al contrario. Algo hay que lo estremece secretamente. ¿Quién lo dijera! Para encontrar una parecida emoción es preciso volver a Oriente y penetrar en las ruinas de Babel de Karnak o de Tebas, donde el perpetuo incendio de los oropéculos tiñe de sangre y de misterio las gigantes casitas.

Por los desiertos atrios parece flotar aún el eco de los cánticos secretos, que no son las jubilosas odas a Apolo y Júpiter, cantadas en los pórticos de Roma, sino himnos herméticos que en la sombra antojaba un grupo de iniciados. Entre las claras losas hueca aún el último incendio de aquellos ruinosos monstruos en que se sacrificaba a Isis y Astarté con más refinada perversidad que en los hipóstilos de Heliópolis. Y este aire de exotismo que sale del velado recinto de los templos, se transfunde hasta en los actos de la vida familiar.

Pronto, no obstante, esta primera impresión desaparece, y el ánimo queda obsesionado bajo la única idea de la catástrofe. No faltan más que los cadáveres por los atrios y en las vías—esos espantosos cadáveres que se conservan en las vitrinas del museo con la mueca de la agonía intacta—para que sintamos que acaba de suceder. La noche estaba tan pura y azul, tan tibia como todas las noches de esta tierra incomparable. En las villas de la colina los siervos habían descubierto sobre aquellos lechos de púrpura donde grandes señores—como Manlio, Julio Proco y Lucio Lisimaco, ofrecían fiestas a sus amigos en áreas cubiertas de mosaicos. A través de las grietas llegaban hasta la ciudad las músicas de los clarinetes que tocaban en los viridarios. Y no faltaba sobre alguna blanca atoea la voz de una doncella que se ponía a rimir con ellos, mientras los legionarios que acababan de llegar de Siria se volvían para escucharla y le arrojaban alguna ramita de pámpanos o de asahar. Por la estrecha vía pasaba entretanto una abigarrada multitud que hablaba y reía con una alegría indolente. Jóvenes de blanca presteza que van a los baños o al gimnasio a presenciar las pruebas del juego próximo y apuestan ya acaloradamente, mummulatores satisfechos de los cambios del día, tallistas que trabajan en los mosaicos del palacio de Lucio Pompilia y se paran ruidosos ante la domus vinaria que se divisa en un ángulo; histriones que corren temerosos de llegar tarde a la casa de Aristodemo, donde hay un banquete cada noche; músicos, bailarines, perfumistas con sus cofres, en los que muestran tarros de esencias maravillosas. De vez en cuando, entre los apretujos de la plebe, alguna litera en hombros de esclavos, a la que una gran dama asoma su cabeza destiladora de pedrería...

¡Pronto un trueno imponente ha retumbado en el espacio como un tambor. —¡El Vesubio! ¡El Vesubio!—gritan todos desparavientos, iniciando una fuga súbita. Pero, ¡ay!, ya es tarde. Sobre la ciudad ha comenzado a caer una lluvia de ceniza ardiente. La muchedumbre se dispersa, se atropella como loco, buscando la salida al mar; pero la lluvia, que en un momento se espesa como una cortina de fuego, les ciega, les desfilia, les borra todos los caminos. Pronto, los pies comienzan a abrasarse sobre una alfombra tenue y roja. No vale que se cubran la cabeza con la punta del manto, porque en un instante la lluvia silenciosa, blanda, lo quema. Y les quema las manos, el rostro, los cabellos. Algunos que se han caído ya no se pueden alzar y quedan retorciéndose entre alaridos sobre la alfombra que les va enterrando. Los que se cubren en las casas no han hecho sino cerrarse la puerta de la tumba. Sólo unos pocos que han llegado a la costa podrán huir, protegidos entre las aguas. Los gustuosos palacios de mármol, los frisos, los arcos, las estatuas, el pulido pavimento de las calles, los floridos árboles y las fuentes en los jardines, todo se ha recubierto de un fantástico polvo de fuego, que brilla como un esmalte bajo el que la ciudad parece recién sacada de un horno.

«Pero a qué intentar una descripción para la que no hay palabras ni matices en la gama de lo horroroso? Mejor que toda narración se imponen a nuestros sentidos estos cadáveres expuestos en sus vitrinas en un silencio estremeedor. Unos yacen de bronce; otros, con las manos crispadas, se retrajeron como si aún sintieran el fuego sobre sus carnes; otros retienen una mueca horrenda con su boca desencajada y vacías las órbitas, por donde asoma el espanto. Hay un cabrito hecho un rebullo con las patas en alto, y hay un árbol entero que parece de bronce. Esa graciosa niña que tiene sus brazos de piedra alzados en alto, ¿qué sostenía sobre su cabeza? ¿Es por ventura Nidia, la dulce tesalana, la cieguecita de Bulner, Lytton, que vendía flores para los patrios? Y esa otra mujer que tiene un ademán fugitivo, ¿será Metilia, por cuya belleza sacrificaban los sacerdotes de Isis? ¿Será su rival, Mula Antina, la enalazada en todos los conites con serenos más dorados y dulces que una copa de Falerno? Quienquiera que fuere, no es ya más que un bloque de piedra negra, como ese soldado que se incorpora desesperadamente y como aquel viejo de boca hendida que no tuvo tiempo de llegar al fin.

Para que el absoluto silencio que reina en la ciudad desierta ejercite sobre el alma todo su terrible magisterio, es menester haber visitado antes este horroroso museo de monias. Luego, ¡qué grande sentido alcanza cada piedra, cada muro, cada encrucijada! Se borra la distancia de los siglos, y el ambiente de la hectómata se ramanea como si la ciudad acabara de perecer. Pensamos en una casa y vemos en la cocina las grandes ollas que se habían puesto a la lumbre, petrificadas, sujetas allí por los siglos de los siglos. Y al lado, una tabla con panes que los esquivados preparaban para la interrumpida cena y que ahora son pedruzcos de bronce. En otra contigua contemplamos los bañes, los maravillosos bañes con sus tuberías de plomo y sus cámaras de doble tabique para el vapor, como en los baños más sabios de nuestros días. Después los triclinios, los dormitorios, con sus alegres mitologías y sus gráciles arquitecturas sobre un maravilloso fondo rojo y negro, tan fresco que parece acabado de decorar. He aquí esta espléndida domus Vettiorum, que tiene el dintel abierto a la vida solitaria, intacta, confiada, como esperando la vuelta de sus dueños. En el impluvium crecen los zarzales y las rosas, retienen tal vez de las que murieron bajo la ceniza. Y hay sobre sus tazas de mármol, que ya no tienen agua, dos amorcillos de bronce con los ojos tan alucinantemente abiertos, que incitan a preguntarte en voz baja: ¿Qué habéis visto esta noche? Y todo está así. Nos fatigamos ya de recorrer vías y esquivar casas desiertas, donde todas las puertas, de par en par, dan la impresión de una terrible fuga. Esta es, cabalmente, la singular grandesa de las ruinas de Pompeya. Si la catástrofe hubiera sido parcial, pronto la actividad de los supervivientes hubiera borrado la majestad de la muerte. Una nueva ciudad se habría edificado sobre la antigua, y de su tragedia sólo quedaría en los libros un pálido recuerdo. Así, no. A todos se lo llevó la muerte o el espanto en una noche, y nada hay tan grande como esta enigmática soledad con que los edificios van surgiendo intactos de las excavaciones. Sabemos los datos hay, que nada puede vivir dentro de sus muros vacíos. Y, sin embargo, nuestros ojos inquietan en el mismo afán con que en el mar Muerto pretendían indagar, a través del agua maldita, el encendido y milenario misterio de la Pentápolis.

Genaro XAVIER VALLEJOS

La Reina de España en París

PARIS, 19.—Esta tarde, a las seis y diez, ha llegado a esta capital su majestad la reina de España, doña Victoria, a quien acompañaban las infantas doña Cristina y doña Beatriz.

Al apearse la Soberana en la estación del Norte, del tren especial en que había hecho el viaje desde Calais, fué cumplimentada por el director del protocolo, señor de Fouquieres, y el personal civil y militar de la Embajada de España.

El embajador de dicho país, señor Quiñones de León, venía también con su majestad, pues había salido por la mañana al encuentro de la augusta señora.

Su majestad doña Victoria fué también cumplimentada, en nombre del presidente de la república, por el teniente coronel Denan.

PARIS, 19.—Su majestad la reina doña Victoria irá mañana por la tarde al estadio de Colombes para presenciar el final del torneo de tenis de los Juegos Olímpicos.

BALNEARIO DE SOLARES

Neurastenia, estómago, intestinos GRAN HOTEL primer orden, confort.

Malditos sean los inconvenientes

Tajuña se dedicaba a negocios de representación y comisión. Es un oficio muy socorrido para los que no tienen ninguno. Es compatible con todo, hasta con la vagancia. Y unas veces produce y otras no, como los demás oficios.

Un día estaba en su despacho cuando se abrió la puerta de cristales y entró una maleta. Con la maleta venía un hombre gordo, colorado y con ojos de liebre perseguida. Tajuña exclamó alegremente:

—¡Magdalena! ¿Tú aquí?

—¿Qué pasa? Dímelo por favor. ¿Qué pasa?

—Nada, que yo sepa.

—Pero eso de la Hacienda... ¿Es que me embargan? ¿Es que me?...

—Te digo que nada ocurre.

—Entonces el telegrama tuyo?...

—¿No me pediste una idea? ¿No buscabas el modo de escapar? ¿No estás aquí? ¿Pues qué más quieres?

—¡Acabáramos! Ha sido una comedia.

—Claro, hombre.

—¿Qué susto! ¿Por qué no me has prevenido?

(Continuará.)

CRÓNICA DE SOCIEDAD Radiotelefonía LA "GACETA" VIDA RELIGIOSA

Santos Santiago, Jaime, Jacobo y Cristóbal
El 25 serán los días de las marquesas de Laceda y Villaviecosa de Asturias.
La condesa de San Antonio de Vista Alegre...

Ville de Pendueles a hijos; para Portugete, don Ricardo John; para Toledo, don Atalo Castaños; para Mieres, la marquesa de Marfornal; para Sigüenza, las señoras de Mía y Trinidad Hiraldo...

Programa de las emisiones para hoy 20 de julio:
MADRID.—(Radio Iberoica). De 10,30 a 12,30: Primera parte.—Por el septuagésimo Radio: «Poesías»...

Presidencia.—Disponiendo queda organizada en la forma que se indica la Caja general de Depósitos.
Idem que el Campamento de Vitor, ocupado por la brigada de reserva de Arica...

DIAS 20.—Domingo VI de Pentecostés.—Bella Tránsito de San José, esposo de la Virgen María. Santos Jerónimo Emiliano, confesor y fundador; Elías, profeta; y Santas Margarita y Librada, vírgenes y mártires...

VIENA JERUSALEM del día anterior.
Santa María Magdalena.—Contrato el triduo a su Titular, en la misma forma del día anterior.
San Vicente de Paul.—A las seis y media, exposición de Su Divina Majestad y misa rezada; a las diez, la solemne; por la tarde, a las seis y media, estación, rosario, sermón, procesión y reserva.

Ayer por la mañana, a las diez, se verificó en la parroquia de San Jerónimo el Real el enlace de la bellísima señorita Carlota Rodríguez Veinte, primogenita del ilustre bibliófilo don Francisco Rodríguez...

Don Fernando de Cárdenas y Albranza, su consorte (Pilar Ceolco de Portugal y Maisonnave) y sus hijos, María Isabel, Rafael y Margarita, se han instalado en un cuarto de la casa número 45 de la calle de Serrano.

Programa de las emisiones del 21 de julio:
MADRID.—(Radio Iberoica). De 10,30 a 12,30: Primera parte.—Por el quinquagésimo Radio: «Peregrino» (pasodoble); Boronai; «La verbena de la Paloma» (fantasía); Boronai; «Fantasía morisca»; Chopin; «Danza española»; Granados. A las once, transmisión de la hora oficial, datos meteorológicos y previsión del tiempo...

Idem disponiendo se dé a la amortización la vacante de general de división, producida por pase a situación de primera reserva del de igual empleo don Jacobo García Bona.
Hacienda.—Aprobando definitivamente los itinerarios presentados por la Compañía Transatlántica para 1924.

DIAS 21.—Lunes.—Santas Práxedes, virgen, y Juliana, virgen y mártir; Santos Daniel, profeta, y Juan, monje.
Con misa y oficio divino son de Santa Práxedes, con rito doble y color blanco.

Atropellos.—Doña Jacoba Arroyo, de cuarenta y dos años, habitante en Peligros, 3, fue atropellada en esta villa por el automóvil número 1.902 M., que guiaba Acisclo Peña, y resultó con lesiones de pronóstico reservado.
El niño sufrió lesiones de pronóstico reservado.
Los que rifen.—En la calle de Fernando el Católico rifieron Antonio Acaína Palma, de veinticuatro años, con domicilio en Embajadores, 36, y Francisco Delgado, habitante en Cardénas, 11, y el primer resultado con una lesión de pronóstico reservado...

El niño Romuloso Cano y Martínez falleció el 18, a los diez años de edad, en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial.
Accompañados en su dolor el padre, don Manuel Cano y Baranda; hermanos; abuelos; don Luis Martínez Osma y doña María Petra García Martín, y demás deudos.
El Abate FARIA.

El niño Romuloso Cano y Martínez falleció el 18, a los diez años de edad, en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial.
Accompañados en su dolor el padre, don Manuel Cano y Baranda; hermanos; abuelos; don Luis Martínez Osma y doña María Petra García Martín, y demás deudos.
El Abate FARIA.

Programa de las emisiones del 22 de julio:
MADRID.—(Radio Iberoica). De 10,30 a 12,30: Primera parte.—Por el quincuagésimo Radio: «Peregrino» (pasodoble); Boronai; «La verbena de la Paloma» (fantasía); Boronai; «Fantasía morisca»; Chopin; «Danza española»; Granados. A las once, transmisión de la hora oficial, datos meteorológicos y previsión del tiempo...

Idem disponiendo se dé a la amortización la vacante de general de división, producida por pase a situación de primera reserva del de igual empleo don Jacobo García Bona.
Hacienda.—Aprobando definitivamente los itinerarios presentados por la Compañía Transatlántica para 1924.
Gobernación.—Declarando haber sido designados por mayoría de votos los señores que se mencionan como representantes propietarios y suplentes de las Diputaciones y Ayuntamientos que han de formar parte de la Junta para la liquidación de débitos y créditos contra el Estado y las Corporaciones locales.

DIAS 22.—Martes.—Santas Práxedes, virgen, y Juliana, virgen y mártir; Santos Daniel, profeta, y Juan, monje.
Con misa y oficio divino son de Santa Práxedes, con rito doble y color blanco.

Fiestas en Carabanchel Bajo
Añoche, con una vistosa función de fuegos artificiales, empezaron en Carabanchel Bajo, una serie de festejos dedicados a la festividad de la Virgen del Carmen. Hoy, a las diez, se celebrará una solemne religiosa. Después dará un concierto en la Plaza Mayor la banda del Regimiento de Asturias. A las seis habrá procesión que recorrerá las principales calles.

COÑAC EXPLORADOR
Kohnische Volkszeitung
Diario popular de Colonia y hoja comercial
El mayor periódico del partido del Centro. El partido burgués más importante...

Revista de Comisario
La revista de comisario del mes actual la pasarán las clases militares que no forman Cuerpo, residente en este Corte, en el orden que se expresa a continuación:
Los señores jefes y oficiales de plantilla no pertenecientes a Cuerpo y los pensionistas de las cruces de San Fernando y San Hermenegildo, los días 20 y 21, y horas de once a trece de la tarde, ante el comisario de Guerra don Angel Elizondo, en la calle de San Nicolás, 2 (Comisaría de Transportes).

El decreto comercial
La Defensa Mercantil Patronal, en comunicación ya con las entidades mercantiles e industriales para ejercer una acción eficaz informativa sobre el decreto de 15 del actual, encaminado a resolver el problema de alquileres de los establecimientos, abre una información en sus oficinas (Mariana Pineda, 5), a fin de que los comerciantes e industriales puedan enviar, por escrito, las observaciones que estimen convenientes acerca de tan interesante cuestión.

ANGEL RIPOLL
BATERIAS DE COCINA y baños de cino de todas clases y modelos. Precios muy económicos.
MAGDALENA, NUMERO 27

Alumbrado por gasolina
sin tubo ni manguito, nuevo en España. Catálogo gratis.
LUZ BRILLANTE. AMOR DE DIOS, 15, MADRID
Opositores Secretarías Ayuntamiento
OS INTERESA MANDAR VUESTROS NOMBRES AL APARTADO DE CORREOS DE MADRID NUMERO 388

ESPECTÁCULOS
PARA HOY
LATINA.—8,45 y 10,45, Mariana.
JARDINES DEL BUEN RETIRO.—7, Fiesta valenciana. Variada.—10,30. Verbena valenciana.
PLAZA DE TOROS DE MADRID.—6, Novillos de doña Carmen de Federico (antes Murrillo) para Zurito, Rablio y Martín Agüero.
PLAZA DE TOROS DE VISTA ALEGRE.—6, Novillos de Pedraza para Alcañero II, Perito Guerra y Durán Guerra, nuevo en esta plaza.
BANDA MUNICIPAL.—Programa del concierto que dará esta noche, a las diez y media, en el paseo de Rosales:
Primera parte
1. «La astrociana» (marcha).—Guerrero.
2. Polonesa de «Struenedo».—Mayerbeer.
3. Obertura de «El primer día feliz».—Cabello.
4. «París» (escena de la consagración).—Wagner.
Segunda parte
1. «España» (pasodoble).—Chabrier.
2. Baillades de la ópera «Farrones».—Rubinstein.
3. «Benamor» (selección).—Luna.
PARA EL LUNES
JARDINES DEL BUEN RETIRO.—10,30 (pulpular), Verbena valenciana. Banda militar.

Para espaldas, Ramón Domínguez Vives, Barquillo, 28, real.

